

en la liga universal contra Napoleón, habiendo firmado en Fulda el correspondiente tratado el conde Zeppelin y el príncipe Metternich. En el primer artículo secreto de este tratado (1) encontramos las siguientes palabras: «S. M. el rey de Wurtemberg, libre de todo compromiso constitucional extranjero, gozará de toda su soberanía bajo la protección de las relaciones políticas que nazcan por consecuencia de las disposiciones que en la futura paz se adopten, en el sentido del restablecimiento y de la seguridad de la independencia de Alemania.»

El general Blücher había llegado, entretanto, á Giessen, donde descubrió que el enemigo no estaba en el valle del Lahn, como todos creían, y por eso escribió desde allí en 4 de noviembre (2): «Se ha padecido un grave error; de lo contrario, Napoleón con el resto de su monstruoso ejército habría sido aniquilado; el emperador francés peleó en Hanau, y aun cuando el general bávaro Wrede hizo cuanto pudo para atajarle el paso, era demasiado débil para derrotarle. Yo quería ir siempre á la zaga del emperador francés y cada día llegaba al cuartel que él había abandonado: si me hubieran dejado seguir este sistema, yo habría podido alcanzar al enemigo y atacarle por la espalda cuando luchaba con Wrede. Pero, Dios sabe por qué, recibí orden de marchar desde el valle Pilipe hácia Giessen: el ejército principal quiso con su vanguardia perseguir al enemigo, pero esta vanguardia venía detrás de mí á una distancia de dos jornadas y llegó demasiado tarde para socorrer á Wrede, dando lugar á que huyera el emperador, que en realidad estaba prisionero. Esto no obstante, sufrió en su retirada considerables pérdidas: yo le hice 5,000 prisioneros y le tomé diez y ocho cañones; en ella dejó sus carros de municiones, cuyos atalajes sufrieron mucho, volando algunos de ellos; encontramos mas de mil hombres muertos de debilidad en los carros y un número de caballos; en suma, de todo su gran ejército apenas llegaron á pasar el Rin 40,000 hombres. También nosotros perdimos hombres, pero no sucumbieron á causa de las balas enemigas, sino que la debilidad les hizo quedar rezagados. Mas adelante los encontraremos. Por espacio de catorce días anduve sin descansar por los caminos mas terribles: hoy es el primer día que descansan nuestras tropas: éstas carecen, sobre todo, de zapatos, de botas y de calzones, pero su buena voluntad, así en los rusos como en los prusianos, es inquebrantable; cuando salí esta mañana me recibieron con júbilo; estos pueblos alemanes están ébrios de alegría, y aun cuando somos para ellos una carga muy pesada, no se quejan.»

Los patriotas de la ciudad universitaria de Giessen, entre los cuales había un joven profesor del gimnasio, F. G. Welcker, que después fué célebre arqueólogo, obsequiaron al mariscal «Adelante» con un banquete en la hospedería del Unicornio. Entre los que asistieron á él figuraba también el comandante de la ciudad, el general Nagel, en cuyo uniforme se distinguía aun el punto en que llevaba la orden de la Legión de Honor, que pocos días antes se había arrancado. Blücher contestó al ¡viva! con que fué saludado con un brindis sustancioso que decía: «¡O buenos alemanes, ó al patíbulo!» y al pronunciar estas palabras hizo chocar su vaso con el del general Nagel, que estaba sentado enfrente de él (3).

En Francfort del Main, en donde los monarcas aliados habían sido recibidos por el pueblo con estrepitosas demostraciones de júbilo, el cuartel general de los príncipes, hombres de Estado y generales fué durante muchas semanas

(1) Martens: *Nouveau recueil des traités*, tomo I (1817), pág. 646.
(2) *Revista histórica*, tomo LIV, págs. 395-396.
(3) Tradición oral en la familia Welcker-Eckstein.

teatro de discusiones y resoluciones políticas y militares cuyo espíritu y tendencia no hemos podido conocer claramente hasta los tiempos modernos. La causa principal de los errores y mala inteligencia que sobre estas resoluciones corrieron muy luego y que después se arraigaron tenazmente estribaba en la negociación de paz entablada en 9 de noviembre por el príncipe Metternich, por conducto del barón Saint-Aignan, negociación que se prestaba á ser mal entendida mientras se ignorara todo lo que hoy sabemos acerca de la historia política misteriosa de aquella época.

El barón Saint-Aignan, hasta entonces ministro residente de Napoleón en las cortes de Gotha y de Weimar, había sido hecho prisionero en esta última ciudad en 24 de octubre y conducido por los aliados á Francfort, desde donde fué enviado con una embajada al emperador, como una especie de contestación á las manifestaciones que en 17 de octubre había hecho aquel al prisionero embajador austriaco, el general Merveldt (4). El día 9 de noviembre le fué notificada esta embajada aunque de una manera muy especial, es decir, no en forma de nota que le dieran los ministros de los aliados, sino en forma de apuntación que él mismo había de tomar oyendo la proposición verbal de Metternich mientras tomaban parte en la conversación primero el conde Nesselrode y después lord Aberdeen y el príncipe Schwarzenberg. Hardenberg no estaba presente, pero refiriéndose á él decía Nesselrode «que se le podía considerar como presente y dando su aprobación á todo cuanto se dijera (5).» En el proyecto de paz que de esta manera se formuló hizo una manifestación en extremo imprudente, á saber: que además de los Alpes y de los Pirineos se contaba también el Rin como «frontera natural» que había que devolver á Francia; pero esta manifestación no aparece mas que en este documento, puramente confidencial y sin fuerza oficial alguna, y fué intencionadamente suprimida en el manifiesto de Francfort, de que mas adelante hablaremos. Prescindiendo de esto, en el programa no se omitió ninguna de las justas pretensiones de paz de los aliados ni se menoscabó en lo mas pequeño la energía de la dirección de la guerra (6). En efecto, exigíase en él la independencia de Alemania, de España (bajo su antigua dinastía), de Italia y de Holanda, y para el caso de que Napoleón aceptara estas condiciones, no se ofrecía desde luego la paz sino la celebración de un congreso de paz en un lugar neutral á la izquierda del Rin, prohibiéndose expresamente dos cosas, únicas que hubieran podido inclinar el ánimo de Napoleón á aceptar esta tentativa de paz, á saber: todo armisticio antes de firmarse la paz, y una paz exclusivamente continental. Al principio de este programa se decía que todas las potencias aliadas estaban unidas entre sí por lazos indestructibles, y perfectamente de acuerdo en no firmar mas que una paz general: al final decía expresamente, hablando de las deliberaciones á que habría de entregarse el congreso de paz, que no habrían de ser óbice á que siguieran su curso los hechos de guerra (7). De modo que, cumpliéndose lealmente esta reserva, muy bien meditada, ningún perjuicio podían causar las referidas negociaciones. Los acontecimientos nos demostrarán que ventajas podían resultar de ellas. Digamos por ahora tan solo que

(4) Bernhardt: *Toll*, tomo III, págs. 612-615.

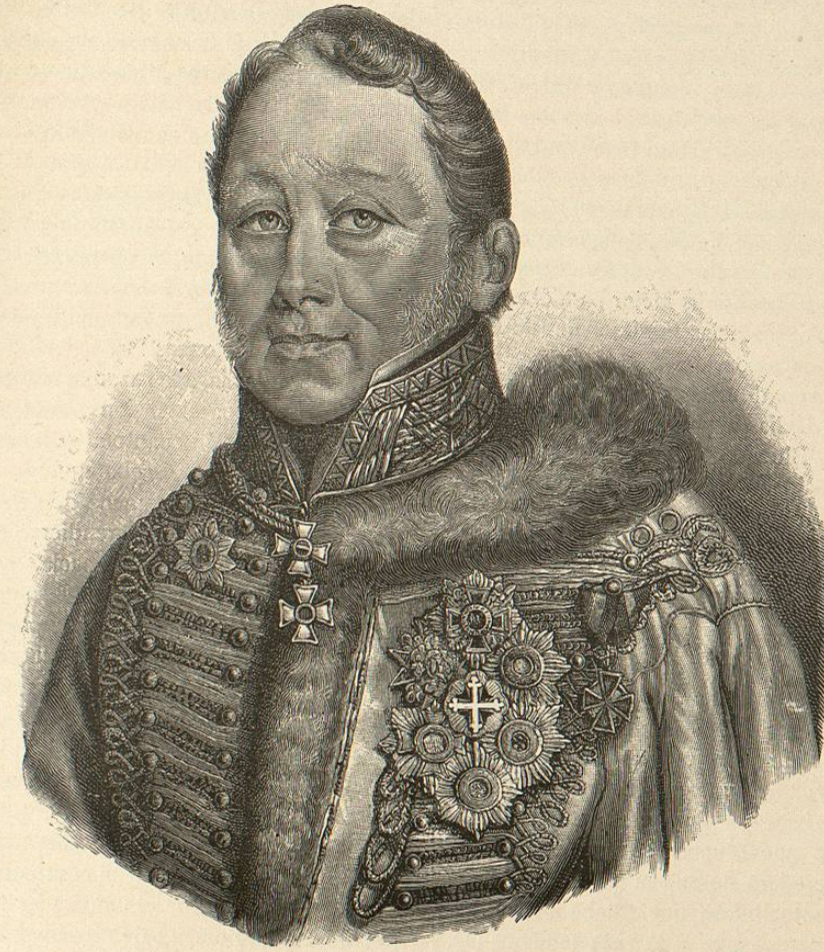
(5) Memoria de Saint-Aignan; Angeberg-Capefigue: *Le congrés de Vienne et les traités de 1815*. Paris, 1863, tomo I, págs. 73-75.

(6) «Moderación en nuestro punto de vista político y fuerza en nuestros medios militares, tal es nuestra divisa: con estos ingredientes venceremos.» Metternich á Wessenberg, Francfort, 26 de noviembre de 1813. *Participación de Austria en las guerras de liberación*, pág. 137, nota.

(7) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 76-77.

la acogida que Napoleón dispuso á este plan de paz había sido prevista y predicha por el autor del plan mismo, el príncipe Metternich. En una carta que en 10 de noviembre entregó éste al barón Saint-Aignan para que la hiciera llegar á manos del duque de Vicenza, y que hasta hace poco fué completamente desconocida, encontramos las siguientes palabras: «El señor de Saint-Aignan os hablará de nuestras conferencias. Nada espero de este paso, pero al darlo habré cumplido una vez mas con mi deber. — Napoleón no firmará la paz, tal es mi convicción.» Su conducta se amoldó á esta manera de pensar: el día 11 de noviembre despachó al

caballero Lebzelter para separar á la Suiza de Francia y, en lo posible, atraerla á la alianza contra Napoleón. El día 14 del propio mes envió á Copenhague al conde Bombelles para hacer entrar á Dinamarca en la liga guerrera á cambio de la probabilidad de una solución ventajosa para ella de los asuntos de Noruega, y el día 10 de diciembre expidió para Nápoles á los condes Neipperg y Mier con el objeto de atraer al rey Murat para que tomara parte en la guerra contra su propio cuñado y bienhechor. Él en persona redactó las instrucciones para estas tres embajadas, y en ninguna de ellas vemos nada que haga referencia á la posi-



Radetzky. — De una litografía de P. Bertotti.

bilidad de un cambio pacífico como consecuencia de la misión de Saint-Aignan ó de la correspondencia mediada acerca de sus declaraciones, y no lo encontramos por la sencilla razón de que Metternich nunca creyó en tal posibilidad.

Este incidente no ejerció la menor influencia en el plan ni en la dirección de la guerra de los aliados, porque en Francfort no había un «partido de la paz» y porque el príncipe Metternich, con la campaña diplomática que hacia simultáneamente con la militar, en vez de dificultar esta última lo que él se proponía era completarla.

En el cuartel general del ejército bohemio eran cosas desde un principio decididas el paso del Rin y la continuación de la guerra de ataque en el territorio francés. Así lo demuestran el conocido trabajo que el príncipe Schwarzenberg publicó en Francfort (1) y su completa conformidad con la memoria de su jefe de Estado Mayor, el conde Radetzky, que á pesar de ser conocida desde hace 30 años (2) no ha

merecido que los historiadores le dedicaran la atención de que es digna. Con fecha de 7 de noviembre de 1813 formuló Radetzky en el cuartel general de Francfort unas «proposiciones para situar los ejércitos aliados á la orilla derecha del Rin como preparación para una nueva ofensiva.» Decía en ellas: «El enemigo ha llegado al Rin con una precipitación que le ha hecho perder la mitad de su ejército, permitiéndole, en cambio, salvar la otra mitad de una completa ruina. No nos apartaremos mucho de la verdad si calculamos las fuerzas del ejército enemigo — después de haber atravesado el Rin — en 50,000 hombres, pero en cambio, solo las cabezas de columna de los ejércitos aliados podrán llegar allí por de pronto; de modo que lo primero que los aliados deben hacer es concentrarse para tomar posiciones. La necesidad de la concentración se demuestra por sí misma, y en cuanto á las primeras posiciones, deben ser tales que puedan convertirse naturalmente en un momento dado en columnas de

(1) Bernhardt: *Toll*, tomo IV, págs. 390-392.

(2) Impresa en las *Memorias sobre asuntos militares de los manus-*

critos póstumos del feld-mariscal austriaco conde Radetzky. Stuttgart y Augsburgo, 1858, pág. 231.

ataque.» Radetzky consideraba necesario un plazo de catorce días para concentrar el ejército y preparar su nueva ofensiva, transcurrido el cual, es decir, en 20 de noviembre, debía darse comienzo á las operaciones para que Napoleón no tuviera tiempo de completar la organización de su ejército. El punto capital que sentaba como base para las operaciones era atacar á Napoleón por muchos lados á la vez para que tuviera que dividir sus fuerzas y abandonar los demás puntos á su propia suerte en cuanto tratara de acudir seriamente á uno. En su consecuencia, cada ejército debía combinar sus movimientos de manera que al enemigo le fuera muy difícil socorrer rápidamente los distintos puntos de ataque, y además debía ser suficientemente fuerte para poder indistintamente atacar ó defenderse. Radetzky pensaba situar en el Rhin central en actitud expectante al cuerpo de Wrede reforzado con los wurtembergueses, badenses y sajones, mientras, á la derecha, Blücher pasaba el Rhin para conquistar la Bélgica y, á la izquierda, el ejército principal marchaba en dirección á Suiza para juntarse en Ginebra con el ejército que venía de Italia pasando por Turin. «Cuando en 1.º de enero pueda tomarse desde Ginebra y desde Bruselas la ofensiva, entonces habrá de verse si es mejor para el ejército principal avanzar hácia las provincias meridionales de Francia y reunirse con lord Wellington, ó dirigirse hácia París ó si queda todavía tiempo para destacarse vigorosamente á la retaguardia del virrey de Italia. Iguales soluciones pueden presentarse al ejército de Blücher, pues que puede dirigirse á París, si el ejército principal toma esta dirección, ó intentar abrir una comunicación con Inglaterra y, dejando la Holanda á sus espaldas, facilitar en gran manera las operaciones del príncipe heredero de Suecia.»

Los puntos de vista de este plan fueron objeto de muchas y en parte animadas discusiones: una de ellas tuvo efecto el día 9 de noviembre en casa del príncipe Metternich, donde Gneisenau y Knesbeck expusieron sus opiniones en presencia de Hardenberg, quien, á propósito de ellas, escribe en su *Diario*: «Gneisenau quiere que Blücher vaya á Holanda y que el gran ejército se dirija á Suiza y á Francia, quedándose en el Rhin central los bávaros y las demás tropas alemanas. Knesbeck pretende que Blücher se quede en donde está y que el príncipe heredero de Suecia pase á Holanda, donde se le reunirá después Bulow, que estaba á sus órdenes.» En una serie de escritos que á la vista tenemos (1), Gneisenau, completamente de acuerdo con Blücher y con Muffling, defendió el principio de que la separación de Holanda de Francia era la primera é inaplazable misión de los aliados y de que el medio inmediato para llevarla á cabo era que el ejército de Silesia se dirigiera precipitadamente á Maestricht, atravesando para ello el Rhin. Las razones políticas y militares que apoyaban este parecer expusieron Gneisenau con gran acierto, pero á pesar de ellas no quedaba demostrado, ni mucho menos, que hubiera de ser el ejército silesio el que se encargara de esta misión. La liberación de Holanda comenzó en el mes de noviembre con la retirada de las autoridades francesas, fué continuada por los cosacos de Chernicheff y completada en diciembre por los prusianos de Bulow después de una brillante campaña (2). El cuerpo de York había disminuido en número de tal manera y era tan deplorable su estado desde el punto de vista del armamento y del equipo (3), que era imposible ponerlo en buenas condiciones en el breve plazo de catorce días. No era ciertamente mejor la situación del enemigo, pero no se podía confiar al

(1) Pertz: *Gneisenau*, tomo III, pág. 510.

(2) Plötho, tomo II, págs. 518-528.

(3) Droysen: *York*, págs. 195-197.

cuerpo de York una campaña de invierno mientras no se le proveyera por lo menos de calzado, calzones de paño y mantas.

Tenemos otro documento debido á la pluma de Radetzky, que lo escribió en 19 de noviembre, cuyo contenido, comparado con lo que sucedió poco después, da á comprender que estaban ya trazadas las líneas principales del plan de guerra. Dicese en él: «La situación de los aliados en el Rhin ora se mire desde el punto de vista ofensivo ora desde el defensivo, puede ser comparada con la situación de un ejército sitiador que se ha colocado delante de la cortina de una fortaleza: esta cortina es el Rhin, y Holanda y Suiza son los dos baluartes adyacentes del fuerte; y así como no pueden tomarse posiciones delante de una cortina ni atacarla prescindiendo de los baluartes adyacentes de la derecha y de la izquierda, de la misma manera no se conciben una posición militar en el Rhin ni una operación ofensiva al otro lado del Rhin si antes no han sido ocupadas la Holanda y la Suiza.» Las operaciones por él propuestas eran: que el ejército principal pasara el Rhin y avanzara hácia la meseta de Langres, que el general Wrede bloqueara á Huninga y el príncipe heredero de Wurtemberg á Kehl: que la misión principal del ejército de Blücher continuara siendo la defensa de Alemania, bien que pasando, lo más tarde el 16 de diciembre, el Rhin, sitiando á Maguncia, á la sazón débilmente defendida, y conquistando la mayor extensión posible de territorio al otro lado de aquel río. En cuanto al general Bulow, debía proseguir con todas sus fuerzas el ataque de Holanda que con tan buenos auspicios había comenzado (4).

Pero antes de que se emprendiera la marcha hácia el Sur intervino nuevamente la diplomacia, publicando los aliados un manifiesto al pueblo francés, después que el soberano de éste había aceptado la palabra de paz de una manera que equivalía á rechazarla, según aquellos habían esperado. El día 25 de noviembre había llegado una carta del duque de Bassano, fechada el 16, en la que éste proponía la celebración de un congreso de paz en la ciudad de Mannheim, — que sería á este efecto declarada neutral, — sin decir respecto del programa de paz llevado por Saint-Aignan otra cosa sino que una paz basada en la independencia de todas las naciones, así en el mar como en el continente, había sido siempre el deseo y el objeto del emperador. A esto contestó Metternich, el mismo día 25 de noviembre, que nada se oponía á la celebración del tal congreso en Mannheim desde el momento en que Napoleón aceptara las bases de paz que le habían sido propuestas, cosa que no se decía en la carta del 16 (5). Esto había producido la situación que necesitaba Metternich para dirigir á los franceses por vez primera la palabra públicamente diciéndoles lo que quería decir á toda Europa, á saber: que el enemigo verdadero de los franceses no había que buscarlo en el campo de los aliados, sino que era el mismo emperador Napoleón. El manifiesto que se publicó en los primeros días de diciembre, fechado en Francfort en 1.º de este mes, era un trabajo hecho por él, del cual lord Aberdeen había borrado un par de párrafos inconvenientes (6) y que decía, tal como quedó redactado en definitiva:

«El gobierno francés acaba de decretar una nueva quinta de 300,000 hombres: el fundamento de la resolución senatorial constituye una provocación lanzada contra las potencias, las cuales se creen llamadas á exponer una vez más á la consideración del mundo entero las intenciones que les guían

(4) *Memorias de Radetzky*, pág. 263.

(5) Angeberg-Capefigue, tomo I, págs. 77-78.

(6) *A*, págs. 37-40.

en la actual guerra y las razones en que se fundan su conducta, sus deseos y sus resoluciones. Las potencias aliadas no están en guerra contra Francia sino contra toda preponderancia manifestada en alta voz, contra aquella preponderancia que el emperador Napoleón ha ejercido fuera de los límites de su imperio, para desgracia de Europa y de Francia. La victoria ha conducido hasta el Rhin á los ejércitos aliados; el primer uso que del triunfo han hecho sus majestades imperiales y reales ha sido ofrecer la paz á S. M. el emperador de los franceses. El robustecimiento que su situación ha recibido con la unión de todos los soberanos y príncipes de Alemania no ha influido en manera alguna en las condiciones de paz. Estas se fundan en la independencia del imperio francés así como en la de todos los demás Estados de Europa. Las intenciones de las potencias tienden á un fin justo, son nobles y liberales en su aplicación y tranquilizadoras para todos.

»Los soberanos aliados desean que Francia sea grande, fuerte y feliz, porque el poderío de Francia, en su grandeza y robustez, constituye una de las principales columnas del organismo social: desean que Francia sea feliz, que el comercio francés recobre su antiguo esplendor, que la actividad artística é industrial, fruto de bendición de la paz, florezca nuevamente, porque un gran pueblo no puede estar tranquilo mas que sintiéndose feliz. Las potencias garantizan al imperio francés una extensión de territorio que nunca ha tenido durante los reyes de Francia, porque una nación caballeresca no decae por las desgracias sufridas en una lucha tenaz y sangrienta, en la que ha combatido con su acostumbrado valor. Pero las potencias quieren también para sí libertad, dicha y reposo: quieren un estado de paz que, por medio de una sabia división de fuerzas, de un equilibrio justo, preserve en lo futuro á los pueblos de los infinitos males que hace veinte años pesan sobre Europa. Las potencias aliadas no depondrán las armas sin haber conseguido este fin bendito, este noble objeto de sus cuidados: no depondrán las armas sin haber afirmado de nuevo la organización de los Estados de Europa, sin que los principios inmutables hayan triunfado de las usurpaciones despóticas y sin que la santidad de los tratados haya asegurado una verdadera paz á la Europa (1).»

El ejército principal habíase ya puesto en marcha hácia el alto Rhin; su vanguardia se encontraba ya en Basilea y se habían hecho todos los preparativos para penetrar á principios de enero en Francia por el puente de Basilea, cuando de repente el emperador Alejandro opuso su veto á toda ocupación militar de Suiza (2). En este veto reconocemos al discípulo del vaudense César Laharpe, el cual temía que la marcha de los austriacos por aquel territorio trajera consigo la ruina de la Suiza nueva y la restauración de la antigua, plan que acariciaba la aristocracia de Berna, cuando en las instrucciones que en 11 de noviembre se habían dado á Lebzelttern se consignaba expresamente que los aliados no se proponían intervenir en los asuntos interiores de la confederación sino simplemente hacer cesar una neutralidad que en realidad era una humillante sujeción á Francia (3), pues que en virtud del tratado político Suiza había de poner en pié de

(1) *A*, págs. 78-79. He tomado esta traducción del primitivo texto francés, no de la traducción alemana que entonces circuló.

(2) Así lo decía lord Burghersh á Wellington, Francfort, 5 de diciembre: *I have seen Schwarzenberg who tells me that he is in the greatest troubles: that the Emperor of Russia has opposed the entry of troops into Switzerland. Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur, Duke of Wellington*, tomo VIII (Londres, 1861), pág. 409.

(3) *A*, págs. 32-36.

guerra un contingente de 12,000 (anteriormente 16,000) hombres, y en el momento mismo en que la dieta helvética decretaba la neutralidad de la confederación, trescientos hombres recientemente reclutados iban á Francia para completar los regimientos de suizos que servían á las órdenes de Napoleón. Desde Basilea proporcionábanse empalizadas á la fortaleza de Huninga y las autoridades suizas volvían á internar en Francia á un oficial austriaco que había logrado escapar de manos de los franceses que le tenían prisionero (4). Una neutralidad de esta índole no podía ser en manera alguna tolerada. El príncipe Schwarzenberg salió de Francfort decidido á llevar á cabo la invasión á pesar del veto de Alejandro; Metternich, que se encargó de calmar al emperador, escribía más adelante á aquél: «Tengo terribles discusiones con el emperador Alejandro, que está más que nunca opuesto á toda la operación suiza. Latour os explicará lo demás. Pero el caso es que allí estamos y que marchamos, y esto es lo principal (5).» El 12 de diciembre escribía Schwarzenberg desde su cuartel general de Friburgo: «Aquí se va á decidir ahora la gran cuestión de si reconocemos ó no la neutralidad de Suiza. Mi opinión es terminante: no hay salvación para los ejércitos aliados sin la posesión de Suiza. ¡Ay, cuán digno de envidia es Wellington, que á nadie da cuenta de lo que ha hecho ni siquiera dice á su soberano lo que quiere hacer (6)!» Aquel mismo día y en aquel mismo sitio el conde Radetzky suscribía un documento, — hasta ahora inédito, — cuyo texto puede figurar como un monumento de los sentimientos y de la elocuencia de su autor, tan célebre después:

«Necesidad para el ejército aliado de posesionarse de Suiza. Cuartel general de Friburgo, 13 de diciembre de 1813.

»Hace cuatro semanas sentóse en Francfort el principio de que ahora ó nunca debía obrarse. Su Majestad el emperador se declaró favorable á nuestro movimiento hácia Suiza, y dentro del espíritu de estos principios se ordenó y ejecutó el actual movimiento del ejército. Este se ha llevado á cabo y no nos permite elegir entre obrar y pasar por la vergüenza de una retirada sin necesidad y sin causa. Si no ponemos manos á la obra, estamos de lleno en el caso que en el billete A. H. del día 11 se calificaba de desgraciado. La posición que el ejército principal ha tomado, en su mayor parte, entre Lorrach y Ettenheim y que ha ocupado por completo hasta el día 16, es tan ofensiva y, por tanto, tan concentrada que el ejército no puede permanecer en ella mas que unos pocos días. Las tropas no pueden, pues, escoger mas que entre tres movimientos: ó tienen que marchar rápidamente hácia la izquierda y apoderarse de Suiza, ó forzar el paso del Rhin entre Huninga y Offenburg, ó dispersarse y establecer cuarteles de invierno. Suiza, que hace pocos días aun enviaba á Francia reclutas suizos para los regimientos suizo-franceses, que internaba nuevamente en Francia á los austriacos prisioneros que habían huido y refugiádose en su territorio; Suiza, cuyo gobierno se compone exclusivamente de individuos adictos á los franceses, que ha reconocido á Napoleón como mediador y que, — como sabemos por las cartas interceptadas, — solo procura su neutralidad para favorecer la causa del emperador francés, no puede ser considerada por nosotros los soldados como neutral. Apoyar el flanco izquierdo del ejército principal en una provincia de tal naturaleza, mientras por el frente se fuerza la corriente del Rhin y se tienen que establecer muchos cercos ó que dejar á la espalda

(4) Burghersh: Friburgo, 16 de diciembre. *Supplem. Desp.*, página 453.

(5) Metternich: *Participación de Austria en la guerra de liberación*, Viena, 1887, pág. 775.

(6) Thielen: *Recuerdos de la vida militar de un veterano de 82 años*, Viena, 1863, págs. 168-169.